



De pesca con Onetti

Ese mismo día lo habían invitado a la Feria del Libro, en el barrio de Carrasco, pero mi amigo no quiso asistir, porque dijo que la gente lo saluda sin conocerlo.

Los uruguayos se están yendo, pero mi amigo Onetti ha decidido quedarse. En la feria de las pulgas que cada sábado se instala en la Plaza Matiz de la Ciudad Vieja de Montevideo, un vendedor de relojes antiguos anuncia a los gritos:

-¡Estamos liquidando, por cierto!

-¿Piensa cerrar el negocio, che Alberto? -le pregunta Onetti, escrutando un Omega de los años cuarenta.

-No, amigo. En qué mundo vive usted. Es el país el que se cierra y todos nosotros los que nos vamos -le responde el comerciante y vuelve a gritar su esloga promocional.

No es sólo un chiste. Los consulados están repletos, todos repasan sus árboles genealógicos en busca de algún parente en Italia o en España. Ante la demanda, se ha creado un rubro nuevo en la alicaída economía uruguaya: los coleros. Por unos cuantos pesos, estos campeones de la iniciativa individual son capaces de pasar una noche y más guardando un lugar en la cola. El problema es que a los que hoy logran llegar al mesón se les otorga una hora para febrero del 2003.

Recuerdo que mientras comía con Quiroga en el mercado y él divagaba sobre la vida en Misiones, me dediqué a escuchar lo que hablaban en una mesa vecina. Una pareja de viejos aconsejaba a unos jóvenes de las precauciones que debían tomar para el viaje. Los viejos hablaban de cómo es la gente en Génova, de cuánto se demora el tren hasta Milán, de dónde está ubicada la estación de policías; aunque presumiblemente ya no esté donde ellos, hace cincuenta años, la dejaron.

Pero mi amigo Onetti se queda en Montevideo y me invita a que nos vayamos de pesca. Ese mismo día lo habían invitado a la Feria del Libro, en el barrio de Carrasco, pero él no quiso



asistir, porque dijo que la gente lo saluda sin conocerlo. Onetti llegó con su mate en una mano y una caña rojiza apoyada sobre su hombro izquierdo, sobresaliendo sobre su cabeza como si fuera una antena para sintonizarse a sí mismo. Yo no llevaba caña alguna, aunque en mi abrigo escondía una petaca de ron cubano. La caña, por cierto, llegaría más tarde.

Onetti me condujo hasta la escolera Sarandí, que en línea recta se introduce bien adentro del Río de la Plata. Mientras caminábamos pegados a la pared de cemento donde rebotalan las olas de ese mar amarillo, como le llamó el poeta Dino Campana, Onetti me pregunta por lo que se estaba escribiendo en Chile. Me dice que lo último que leyó fue a su amigo Donoso y que ahora, en el Teatro Circular, se estaba exhibiendo una obra llamada "Infieles", de un tal Marco Antonio de la Parra; pero él no ha querido asistir, porque en verdad no tiene muchas ganas de salir últimamente.

Me mira a través de sus lentes de vitrina de joyería, como pidiendo una respuesta, y yo le digo que mejor hablemos de Santa María, del astillero, que algo de aquella atmósfera puede intuir en esa especie muelle abandonado a su suerte. Onetti levanta los hombros y sigue sorbiendo su mate. Las olas golpean sobre el cemento y una brisa espesa cae sobre nuestras respectivas calvas.

Allí pasamos la tarde hasta bien entrada la noche, acompañados por unos cuantos compañeros de faena. Aunque nosotros, como suele decirse, sólo pescamos un restro. Mi amigo Onetti me informó, al despedimos, que pensaba no moverse de su cama durante los próximos veinte años.

Luis López-Aliaga, desde Montevideo.

De pesca con Onetti [artículo] Luis López-Aliaga.

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De pesca con Onetti [artículo] Luis López-Aliaga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)